

---

PEDRO RIVERA

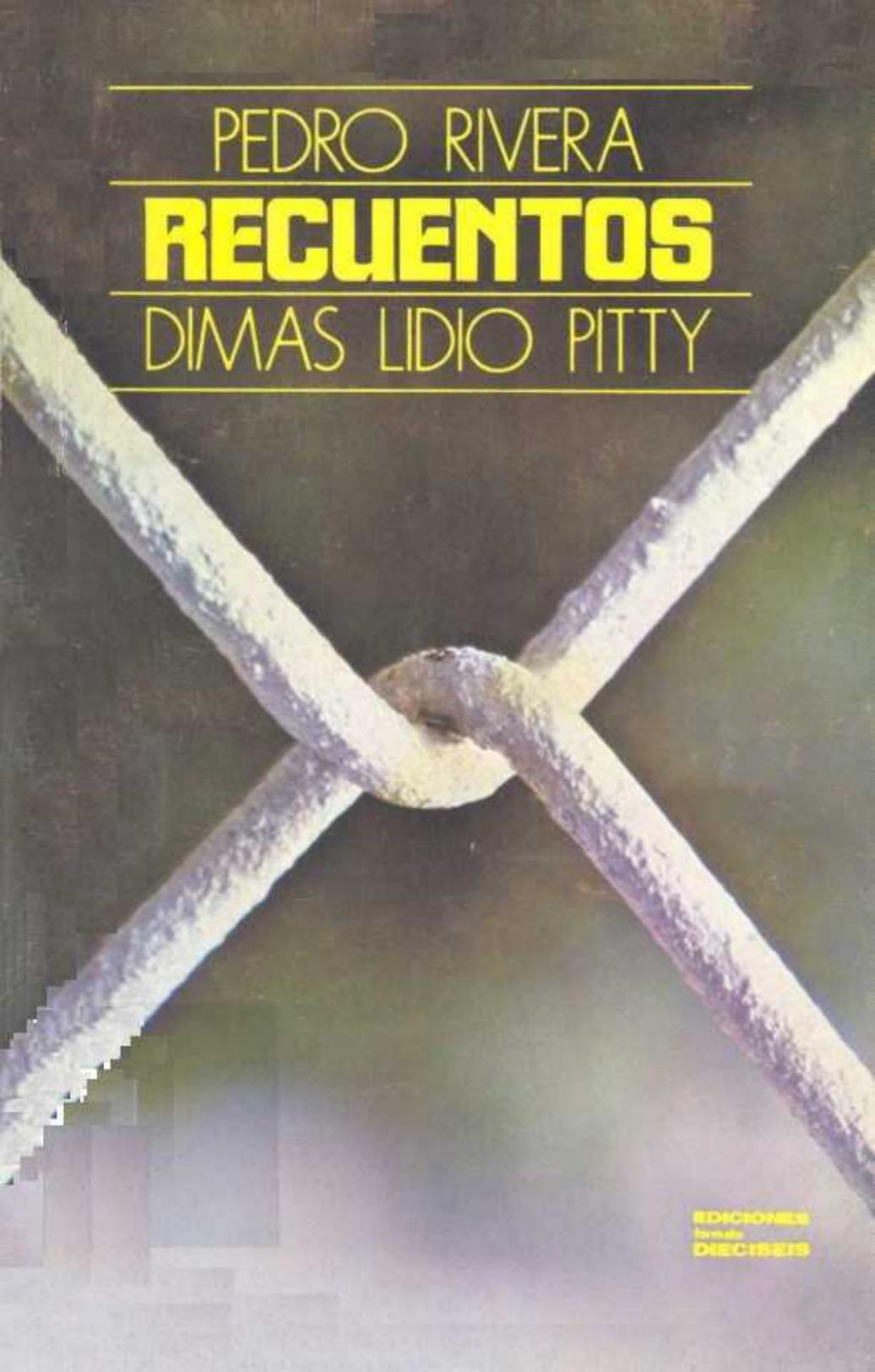
---

**RECUENTOS**

---

DIMAS LIDIO PITY

---



EDICIONES  
formato  
DIECISEIS

**COLECCION  
LABRAPALABRA  
NUM. 4**



# RECUEENTOS

COLECCION LABRAPALABRA  
EDICIONES FORMATO DIECISEIS  
EXTENSION UNIVERSITARIA  
UNIVERSIDAD DE PANAMA

GECU  
APARTADO 6-1775  
EL DORADO  
PANAMA, PANAMA

**RECUELTOS**  
PRIMERA EDICION, 1988  
EDICIONES FORMATO DIECISEIS

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

1000 EJEMPLARES  
IMPRESA UNIVERSITARIA  
IMPRESO EN PANAMA

---

PEDRO RIVERA

---

**RECUEOTOS**

---

DIMAS LIDIO PITY

---

**EDICIONES**  
formato  
**DECISEIS**



**CUATRO CUENTOS**  

---

**DIMAS LIDIO PITY**



## EN DONDE SE CUENTA LA HISTORIA DE ASCANIO Y DE OTROS QUE TAMBIEN MURIERON

*A los Mártires de Enero*

A Ascanio ante todo le interesaba el basquet, el fut. Avanzar con el balón hacia el arquero enemigo, encajonarlo en el marco, allanar la defensa, driblear a lo Pelé y bim bam patam bum a lo Alberto; encestar a lo Magorrivas y dos puntos sin tanto aspaviento como Peraltita; sacudir el left a lo Clay Parris en sus buenos tiempos. A su hora los libros. En la noche, cuando era necesario y cuando todos en casa, papá, mamá y el resto se clavan en el no me abandones porque no sabría qué hacer de mi vida de la TV. Todo de madre, salvo cuando esa chica Lola de Comercio le decía no puedo. No puedo y sin embargo se dejaba manosear de esos maricomapas mariquitas tan poca cosa que no le meterían un gol a Chaflán ni a Pepebala. No por eso iba a morirse, no era la niña de Guatemala y esas cosas. Aunque pensaba que la bobalicona podía mejorar el gusto puesto que ese que la lleva a los bailes del Instituto y le carga los libros y la aparagua cada vez que llovizna tiene una carita de mearse en la cama todavía, una cara de gran comeaca. El día menos pensado: coge tu cocotazo flintoso. Bien.

Esa tarde, mientras aplanaba calle, tuvo deseos de ir al Variedades. El doble estaba a toda madre. *Una voz en la Sombra y Safari Sensacional* ¿te imaginas? Deja la payasada y vamos Lolita.-Claro, podía invitar a Lolita. Ella no iba a ir de todos modos. Es de las que inventan cuentos: ay Cani voy a repasar matemáticas o es que ando como la tuza en inglés y otro día ¿no? Siempre la misma historia porque el cara de lechuga: ahí. A mí me las pela, me deja off side. Lulú, sin embargo, no me diría que no. Pero, ¡chuleta!, salir con la Lulú es meterse en camisa de once. Enseguida: novio novio. Vaya, si lo sabría la bolita bolón del mundo amén. Cruzó la calle al trote, entre buses y peatones, sin fijarse en la luz del semáforo.

Notó que la gente, de pronto, empezaba a caminar a zancasos. Le parecía bien extraño. La gente iba sin mirar a ningún lado, mudos; atravesaban la avenida y se escurrían por las calle-

juelas. Daba la impresión de que buscaban un atajo. Las cabezas empezaron a asomarse por encima de los balcones. Un insolente chirriar de frenos le hizo girar sobre las plantas. Sintió un cosquilleo debajo de las costillas. Una gordiflona, joven, feucha ¿qué pasa contigo vieja? casi lo revienta contra el suelo. Los gringos los americanos Dios, apenas pudo escuchar lo que dijo. Está loca pudo pensar al ver aquel rostro congestionado como un globo. ¿Estalló la guerra mundial o qué? La madre: la imaginó nítida, frágil, sola, estrujándose las manos huesudas en el marco de la puerta. Buscó en los bolsillos la moneda del bus, la acarició con fuerza nerviosa. Un chevi por poco derriba, por un pelito, el hidrante de la cuadra anterior, cerca del **Cecilia**. Pasaban *Aventurero del Pacífico* y *La Antesala del Infierno*, sólo que Lolita no vendría con él de todos modos. El chevi quedó trepado en la acera, con una llanta al aire, y observó cuando el gringo, sin pensarlo dos veces, echó a patalear por la 16 bajo una lluvia de piedras y patadas. Concho: los muchachos lo dejaron ir al gringo y se lanzaron todos a una contra el automóvil. Vio cómo le empujaban y volteaban llantas arriba y al mozalbeta, de trece más o menos, pecosos, gritón, perforar el tanque de gas y luego incendiarlo, tranquilo. Los vio volver sobre sus pasos, por la **Calle Estudiante**, y trató de seguirlos de cerca. Trotó detrás de ellos, sin apuro para no llamar la atención, y ya cerca del **Tropical** se les unió. ¿Qué pasa? Esos hijueputas los yanquis, nos tirotean, nos quieren joder manito.

*el tal Trespatas es un tipo del hilo, se sabe defender, tira palante y los buaicitos del barrio le pasan la mano, lo acariñan, porque es un man que siempre está ahí. Siempre dice: oye manot qué es lo tuyo. Tiene una risa ancha, pasiera; camina con un ritmo de salsa por delante de las chiquillas, las ojea y las confronta: ¿Cuál es tu onda mamacita? Las vuelve un fao, las alborota, las amantequilla, tuvé. Nadie sabe cómo se llama de verdad, que si Patuleco, que si Pomarosa, que si Chivoloco: puros nombres de batalla, alias. El man se defiende. La poli lo levanta y es por el gusto na más: tiene padrino. Pobre del que lo jorobe, como que no salía del gimnasio del Ñon, mueve las manos de película. Y con el filo, ni hablar. A la hora de una vaina ¡cuídate! porque te vacía los mondongos muerto de risa. Es*

de los que se traga un muerto, sabes. Así es ese man. Ahora, ahí está con esos mancitos del Instituto. Lo saqué por el suéter ese amarillo que no se quita never in the life y que le vaciló a un candidato a diputado en las últimas elecciones con el cuento ese de que mi voto es para ti manón. El muy ni votó si quiera. Yo no voto por ningún hijueputa, dijo, me acuerdo bien. Lo dijo a toda jeta a la gallada en la cantina de Aldeano, esa que está en la 3 de Noviembre, ¿la conoces? Estaba jumao y nos invitó porque también le había sacado su buen billete al candidato, un rabiblanquito man, de esos que se acuerdan de los pobres cuando vienen las elecciones y después de elegidos si te he visto no me acuerdo. Chupamos a costilla del huevón. Es un tipo a toda madre. Ahí está, velo, no se huye, tira piedras a rompe y raja. Parece que gozara. Lo campaneé hace un ratito, le reventó el parabrisas a un cadí. Se acercó tanto el loco de mierda que creí que las ruedas le iban a pasar por encima, iba a quedar como minga por tronera. Miralo míralo, ve como cruza la calle y trata de atizar a ese man con el escupefuego al otro lado, allí, enfurruñado al Tívoli. Está loco loco. Pero el man es así. Quién se atreve a decirle: oye buai, Trespatas, te van a rajar, ven pacá ven pacá. No se da cuenta de que los manes esos, los caperuzas esos, no se andan con dimes y diretes para arrear plomo. Así uno no se puede fajar ¿no? A mano limpia no se puede manot, no se puede, quevá. Mira, llega hasta el mismo bordecillo de la cerca, coño. Oye, frend, tú te atreves a decirselo: que no joda, ¿te atreves? A mí me mienta la madre y entonces trobol, tuvé. Has visto: ya le hicieron un disparo a llevárselo. Le van a dar, apuesto y no pierdo, por tirársela de macho, por vivo pendejo. Aquí debería haber un par de vietconchitos, un man así como el Che, a ver si no quedan pidiendo cacao. Esos sí que les sacarían la entretela, el pupú por el hocico. Oye, mira lo que hace ahora, mira, se rompe el suéter, les enseña el pecho encuero y dice algo, grita que tiren, so pedazo de ahuebao. Viste, te lo dije, ya lo apachurraron. Pobre man.

Ascanio vio venir gente de todas partes. Se echaban a correr y, con los tiros, se apretujaban en los callejones. Luego salían: ¡la cerca la cerca la cerca! Observó al estudiante, un pibe casi, agitar un poco por encima de las cabezas desgreñadas, la ban-

derita a tres colores. Una furia helada, sudorosa, trenzó las arremetidas contra la alambrada al borde la Avenida, a pocos pasos de la cuneta, al otro lado, en territorio zonian. Sintió que alguien, desde atrás, le ponía una piedra en las manos. No te quedes allí, tira. Bueno, dijo y respiró hondo. Se adelantó un poco, al trote; sin perder el balance, balancéandose en la punta de los mocasines, la arrojó lo más lejos que pudo hacia donde imaginaba que podía estar parapetado algún hijo de mala leche. La 4 de Julio, a todo lo largo y ancho, se iba transformando en un hervidero, desde el Chorrillo hasta la estación del ferrocarril. En la loma, en la cuesta del Ancón, se atrincheraban los soldados. Muy de vez en cuando daban la cara. Pero se los podía ver casi coquetos afinando la puntería a cinco pasos uno de otro, alineados, armados hasta los fondillos, en condiciones de echar candelita a reajo limpio, a tutiplén. La noche se dejó caer sin ser apercebida y los automóviles atrapados y reventados, ovillando sus entrañas en el fuego, moribundos contra el borde de las aceras, esparcían un humo denso y fibroso, una claridad que alargaba las sombras fantasmales, fantasiosas, en la pared de los edificios y callejuelas. El estruendo y los fogonazos erizaban los pelos al más pintado. Estuvo un rato aplastado contra los muros del Instituto, quieto, sin atreverse a mover una pestaña. Percibió, allí, una mezcla de pánico suicida en aquellos rostros que pasaban frente a él. Los veía pasar, trotar sin rumbo, impotentes. Comprendió que no había escapatoria. Estar allí era algo así como atacar a un bulldog rabioso cuya dentellada de cien mil hocicos se ocultaba en las sombras. Apuñalaban los malditos una mezcla asfáltica y pegajosa como el conejo del cuento. Ahora sabía, paralizado, a punto de vomitar, lo que era cagar hacia dentro, enchufarse el propio dedo hasta sacarse sangre. No estaba en capacidad de comprender ese plan de batalla un poquitín extraño, esa simplificación: que si un hijueputa nos pisó el callo, que si el honor de la Patria, que si sólo basta un corazón bien puesto para sacarles la madre. No podía ser, carajo.

Desde esa distancia y por causa de la oscuridad apenas apenas podía percibir, por los candelazos, la presencia de francotiradores bien, bien cubiertos detrás de la maleza; casi podía verlos, imaginarlos reptar como reptiles muy cerca de una hilera de

papos, agazaparse en los balconcillos de esas casas coloniales, calcáreas, protegidos por los árboles y palmeras barrigonas en la cuesta. Notó, sin embargo, que no disparaban todo el tiempo. La salva arreciaba de verdad cada vez que un automóvil zonian trataba de penetrar la Avenida, la 4 de Julio, y se detenía debido a las barricadas allí puestas por los muchachos. Todo servía: tinacos, peñas, sillas, trozos de autos quemados, macetas, troncos, platonos, chécheres de toda clase. Los grupos avanzaban entonces como hormigas, se avalanzaban sobre sus costados, furiosos, enajenados, impotentes y, al cabo de unos segundos, una bestia de metal panzas arriba agonizaba en llamas, crujía, estallaba en pedazos.

*ve, en el área del ferrocarril, detrás de los vagones, unas manchas negras, verdioscuras, casi evaporadas detrás del incendio, por encima de las cabezas de los compañeros que lanzan piedras, corren en desorden y agitan banderitas. Parece un tanque, piensa Pepe. Es un tanque, se asegura reachinando los ojos. Piensa: ha visto en las películas cómo las orugas esas caen reventadas si le dan con una bazooka en la mera torre, si una granada le estalla bajo el vientre, o si alguien lo aborda bien macho por un costado y le empuja una molotov en la panza. Una molotov, eso es. Los ojos le bailan en la carita pecosa. Los achicharraría a todos allí adentro ¿quién quita? Granada, bazooka, ¿dónde? Los tongos de la Zona, los bomberos son los que hasta ahora dan la cara. Por lo que ve no disparan a matar, más bien se contentan con lanzar lacrimógenas, disparar al aire sus escopetas recortadas, controlar el fuego con esos extinguidores cortitos que traen sobre sus espaldas. Los otros, los bravos, están un poco atrás, cerca de las palmas, en jeeps y camiones. Puede verlos: llevan cascos, cantimploras, granadas, bayonetas. Apuntan con sus garants detrás de los árboles. Observa a los muchachos en la esquina de la Good Neighbor preparando las mechas de las molotovs. Nunca ha tenido una en sus manos. Pero sabe cómo usarlas. Es fácil, piensa, nada más que reventar botellitas contra una cosa dura, bien sólida, para que el líquido adentro, gasolina, aceite, arena para el peso, se riegue e inflame. Usan una mechita de trapo embarrada de querosín porque no tienen fulminante, eso dice quien se lo dijo. También lo vio en una película.*

*El boy, el de la película, estaba acorralado, sin armas, y el bandido tenía una 45 y por eso el boy se metió debajo del automóvil, sacó gasolina del tanque, llenó una botellita y del pañuelo hizo la mecha; tuvo tiempo de preparar la bomba y así cuando el otro llegó, bien seguro porque tenía su 45, el muchacho se la tiró a los pies, contra una roca, y lo convirtió en una fogata. Eso recuerda ahora que está cerca y pide a los del grupo que le entreguen una rápido, por favor rápido porque tiene un plan del carajo. Los ojitos le bailan cuando aprieta la molotov con ambas manos. Mira a los estudiantes, muy cerca de la estación, avanzar envalentonados a piedra limpia contra la fusilería. Se echan al suelo, pero no retroceden ni por el diablo cuando oyen los disparos, se echan al suelo, se quedan quietos, se arrastran y luego arrojan sus piedras con todas las ganas. Piensa: es posible irse por detrás en la confusión, rodear los últimos vagones, allá, por la parte oscura, sorprenderlos, achicharrarlos bien antes de que los soldados en la colina puedan darse cuenta y lo petatéen. Sin volver el rostro echa a correr. Pepe Pepito regresa, oye a sus espaldas. Logra llegar a los vagones y se detiene a coger aire. El humo lo atranca, tose, mira el tanque un poco más lejos de lo que suponía. Como cien metros calcula y empieza a sudar frío. Recuerda que por los lados del Instituto estaba Ascanio. No quiso venir con él y ahora le pesa no haberlo arrastrado. El conoció a Ascanio de verlo jugar al fut. Pero, ahora piensa que Ascanio no lo reconoció ¿de qué iba a conocerlo? El que juega nunca mira para las tribunas y menos a los chicos. La Lulú se moría por él. Ahora le tocó a él de verdad. Pudo hacerme caso, ventr conmigo. Estaría vivo coño. Vuelve a toser. Debo llegar, debo llegar, grita para dentro y se lanza entre los rieles. No puede avanzar mucho. Se detiene, una lengua de fuego, inesperada, sobre uno de los vagones lo ilumina de pies a cabeza, lo delata. El estruendo, el fagonazo sacude la noche. Cae ovillado, retorcido, y luego estira las piernas sobre el césped, cara al cielo. La molotov rueda a sus pies y el líquido empieza a regarse poquito a poco. La oruga avanza lentamente, traqueteando, a unos cien metros sobre la planicie. Los cañones, en la cúpula, apuntan hacia las casas de madera.*

Los automóviles, panzas arriba, vomitando fuego por los cua-

tro costados, emitían gemidos, estallaban. Ascanio los veía arder en silencio. En el fondo comprendía la inutilidad del esfuerzo, toda esa muchedumbre que avanzaba sin importarle un comino el pellejo, famélicos, suicidas, a grito pelado sobre la alambrada, no podrían con las solas manos, aún en sí garras aluvión escupitajo catapulta testículo, mellar la caparazón del animalejo atorugado en la colina, al otro lado, oculto en la noche no noche sino charco de pus, gargajo, mojón de gallinazo. Allí, agazapado y sudoroso, con dos piedras inútiles en las manos, volvió niño lloriqueón, a pensar en su madre. La recordaba así, en su forma más simple: delantalito ajado, moño recogido a lo cola de caballo, pantuflitas desgastadas en el talón, si acaso tuviera una mecedora, espejuelos de imitación y todos los días la cantaleta: Cani déjate de tanto fútbol estudia. Notó que también disparaban cuando alguno corría hasta los postes de la cerca e intentaba escalarla. Las noticias iban de uno a otro lado. Tiran allá, vienen por acá, viene un tanque, ya le dimos a un gringo, la Guardia se mete, mataron a uno en el Chorrillo y Ascanio no sabía a quién rayos creer. Sintió por primera vez la angustia del gas, el pecho se le infló como un globo a punto de estallar; no pudo evitar las lágrimas. Tosió. De las casas cercanas bajaban los cubos con agua. Vio la avidez de los que empapaban los pañuelos y se frotaban los ojos y la cara. Se precipitó sobre el cubo y, a través de los ojos acuosos, tuvo la impresión de Lola. No era ella, se le parecía nada más un poco y menos cuando los ojos se le aclararon. Metió la cabeza en el cubo, bebió un poco y sintió amargo, le mentó la madre a los gringos y como un toro embanderillado, dando patadas, se escurrió por una callejuela para insuflar aire puro, aire, aire, aire. Hizo lo que otros allí. Se zurró al suelo, bocabajo apoyó la mejilla en el pavimento. La chica, echada a su lado, le dijo que el gas tendía a subir. Así se estuvo un rato, un siglo, hasta sentir alivio. La cara le ardía pero no tanto. Supo, a su regreso, que un chico como de 17, barbilampiño, pretendía, con la ayuda de otros dos, brincar sobre la alambrada y enterrar la bandera en la cuesta. El pequeño que la tenía no la entregaba así por así: es mía, mía, yo mismo la llevo. Tú no puedes le decía el barbilampiño medio encabronado, eres muy pelao. Se la arrebató de un tirón que por poco le

arranca los dedos al niño: dáme acá, esa bandera es de todos, le dijo. Corrió seguido de los grandotes. No tuvo tiempo de llegar a la alambrada, cayó hacia atrás como paralizado por un rayo, se revolcó en un gemido que a Ascanio le pareció atroz, igual a un puerco en el degolladero. Un silencio de clavo le talaró los oídos después del candelazo que vio salir de los matorrales, arriba, detrás de unas palmeras barrigonas pintadas de blanco. Los dos compañeros, a poca distancia, se arrastraban culebreando en busca del herido que hacía inútiles esfuerzos por levantarse. Ascanio, después de titubear unos instantes, acudió en su ayuda, cruzó la calle, le introdujo los brazos debajo de los hombros y entre los tres lo arrastraron con violencia hasta la acera opuesta.

y por los lados del triángulo Shaler, Pavín entraba en cólera cuando *ajo, paerdiablo, eso es mucho tirotear y pa mí que aquí uno se avienta o lo avientan, y yo señor que hasta pensaba ayer nomás que estos bichos eran gente de fiar, los tiene uno de vecinos, de la pestaña al ojo como quién dice, les da uno todo ese tierral bueno pa siembra y pa ganao, pa bueno, pa que pasen sus trasatlánticos, metan allí sus bases, to ese armerto de guerrear, y vea usted después cómo nos tratan con las patas, pior que a zainos, ¿a qué va atenerse uno después?, los mira uno llegarse por allá con médicos, sacamuelleros, purgas, inderciones, llegar en esos helicópteros pellarrientos con una tanda de fotógrafos que namás se la pasan atrás de uno con sus camaritas para vernos las caras pedigueñas y ansí enchuflarlas en el periódico, a eso le llaman dizque asistencia social o no sé cómo pero uno sabe que es pa eso de la propaganda del sistema ¿no?, y ahora véalos tiroteá a los chiquillos sin más ni más, y yo pregunto ¿a dónde debe estar la bandera?, ¿quién le dio esa tierra ah?, la bandera debe estar donde debe estar y si no es allí ¿dónde pues?, ¿por qué no agarran sus bártulos y se van pa los esteits o pa la misma ñinga?, yo pregunto ¿ah?, allá en los tiempos de la guerra yo les trabajé en Curundú, de machetero verá, pues gananciaba buenos pesos y todo, pero oiga mano pa qué si entonces uno se siente así como mal, como si a uno le estuvieran, todos los días, pisando el callo, viera usted, sanababich pa arriba y sanababich pabajo y uno que no entiende porque no hablan*

*en cristiano ni a vaina, ¿y si le están mentando la mama a uno?, ellos, verá, con su foquinyú y nosotros con lasinhueso en el culo pues pa no ir enchirulado así como mi compa Abelardo, ese que sí era bien fregao, que cuando el catcha de palo tanquiper le dijo hey yu go for yu cleran creyó eso, que le estaba asoleando en gringo a ña Candelaria que en gloria esté, y entonces por poco lo añingota ahí mismo a paipazos, ni sé cuántos años estuvo en Gamboa, y yo me dije: huye Pavín, esto no es contigo, y me mandé a cambiar, y ahora que si le empiezo a decir lo que es allí la discriminación tenemos pa rato, verá usted un plomazo en la sien lo desplomó al otro mundo.*

La bala le entró muy cerca del corazón y Ascanio le buscó la herida, tratando de taponarla. El boquete de entrada, un poco abajo de la tetilla, le pareció demasiado grande. Empezó a gritar: un carro pronto mierda. El automóvil estaba aparcado en una bocacalle, a unos cuantos metros, y tenía en esos instantes la vía libre. El dueño gracias a dios estaba cerca, vino corriendo y se sentó al volante sin dejar de observar la operación por el espejito retrovisor; puso enseguida el motor en marcha, aceleró en neutral, embragó. Con cuidado, con cuidado, dénele aire, bajen el vidrio, venga uno sólo, uno digo. Se treparon dos. ¿Alguno lo conoce? Oye: dije uno. ¿Quién es? Introdujeron al herido de cabeza en el asiento de atrás. No había perdido del todo el conocimiento, balbuceaba. ¿Qué dijo? . Que le duele, arranca, arranca ya. El tipo clavó el puño sobre la bocina y fustigó los 60 h.p. de su máquina. No encendió las luces sino cuando doblaba la esquina. Cani miró sus manos ensangrentadas.

En ese momento empezaron a llegar los bomberos y radiopatrullas de la Guardia. Ascanio se asustó al verlos llegar, silenciosamente, con las luces encendidas sobre el capó. Atrás creyó ver, girando en círculo, la primera ambulancia y el corazón le latió con fuerza. Los gases volvían. Se entretuvo buscando a la chica del cubo. Pensó que en nada se parecía a Lola. No la vio por ningún lado. Regresó lentamente sobre sus pasos, la bandera seguía tirada al borde de la acera, al otro lado de la calle; la miró blanca, azul, roja destripada y por dentro, en el infierno que le cosquillaba entre las piernas, llameante, viva, volcánica, feroz. Supo por la gente que venía de la parte alta, del Chorrillo, que

todo intento de penetrar al territorio de la Zona era inútil puesto que un cordón de policías bien situado, con escopetas recortadas, a lo largo de la línea fronteriza no daba cuartel y disparaba sobre las cabezas y las casas de madera una granizada de plomo y gases. Lo mismo decían que ocurría en el otro extremo, en el área de San Miguel, en las cercanías del Palacio Legislativo y el Triángulo Shaler. Ese chico, el mismo pecoso de ojos saltones, se le acercó para informarle acerca de lo que ocurría. Lo escuchó atento. Los muchachos tratan de quemar el Tívoli. ¿Qué más? Bueno también la estación. Pero, allí la balacera no se aguanta, ya no tiran al aire sino a matar. Creo que hay varios heridos. También chiquillas. ¿Y la Guardia? Ellos no se tratan de meter todavía. Se quedan mirando y cuando hay alguno jodido se lo llevan, para el hospital creo. Estamos pensando en eso: imagínate si nos agarran entre dos fuegos ¿ah? Nos lleva puta y mariasantísima. Lo cierto es que uno de esos guardias por los lados de la Good Neighbor nos dijo emputado que no dijéramos nada. A mí me botan, dijo, pero llévenme los diablos si no mato a un hijueputa de esos y allí mismo que saca la 38 y empieza a disparar. A nosotros, sabes, nos dio mucho gusto, era lo que hacía falta, es precisamente eso lo que nos hace falta coño. Oye, hay un grupo con molotovs allá por el Legislativo, dicen que mejor encienden la Pan American. ¿No vienes? La cara del chico le era familiar. ¿Dónde lo había visto antes? No, le dijo casi sin pensar, yo voy a hacer otra cosa. Anda tú, suerte amigo. El chico se largó a todo correr.

*bien se pudo decir, antes de que todo eso sucediera, ayer, antes de hoy, que era la niña de mis ojos. La sentía tan unida a mí como cuando la llevaba en el vientre, pequeña y flaquita como era, me hacía gu gu y yo la arrullaba en mis brazos y la bañaba y la espolvoreaba, y su cuerpecito de porcelana oscura era todo alegría cada vez que me observaba llegar con la motita y la lata de johnson que ahora quedará a medio agotar sobre el cuadro de la mesa. A mí me gustaba mordisquearle la naricita porque entonces reía, decía da, da, da, y yo sabía que no iba a quedarse muda después de la fiebre que le dio, que se iba a recuperar del todo Jacinta, que iba a tener su muñeca y que iba a crecer y todo. Sufrí tanto cuando la Dorotea vino a abrirle las orejitas y*

*vi la sangre de mi niña, la gota roja teñir la almohada. Era un presagio, ahora lo sé, una señal que me envió Dios.*

*— A su edad no se siente nada, comadre — me dijo ella.*

*— Lo sé, pero me da tanta lástima — le contesté.*

*El día que se enfermó casi me vuelvo loca. La fiebre le subió tanto que por poco se descocota, viró el pescuecito y los ojitos le relampaguearon. Recuerdo que insulté al mediquito. Mira que sin más ni más la metió en un balde con hielo. ¿Te imaginas?*

*— La va a matar doctor — le dije.*

*— No se preocupe señora. Es para bajarle la fiebre.*

*Pero no le pasó nada a Dios gracia. Desde ese día yo sentí como que la quería más. Se puso tan flaquita, larga y amarilla la pobre. La Dorotea, tan buena que es, me decía para consolar-me: es porque ella crece comadre, se ponen así de flacas cuando empiezan a crecer. Tenía razón. En unos cuantos meses se puso así de larga, le venía el colorcito, se espavilaba. Vio comadre, vio. Me decía comadre aunque no era mi comadre, vaya uno a saber por qué. Su madrina es Clemencia, mi cuñada, la de Pille. Mejor dicho era mi comadre. Ya no porque mi niña está ahora muerta, la tienen en la morgue, con hielo. Primero la sangre, después hielo, como cuando se enfermó. Ves por qué te digo que era presagio. Acabo, acabamos de dejarla allá. Nadie podría reconocer su carita a mi niña. La bala entró por alguna parte, por la ventana creo y, ahí mismo, muertita. ¿Por qué tienen que pasarnos estas cosas a nosotros, Dios mío?*

Era el mismo chico que le prendió fuego al automóvil allá en la Avenida Central. Pero, caramba, lo conocía de alguna otra parte. No entendía cómo a su edad era tan desdeñoso y audaz. Mientras le hablaba estuvo observando su carita pecosa, feliz, esquemática; unos ojitos saltones, tirando a negro, más bien enrojecidos por el humo, sin susto, acaballados en una nariz bastarda de la que exhudaba un ligero moco verde, gaseoso. Vaya con el carajito. Se sintió de repente fuera de foco, medio cagón, encarajinado. Restregó los ojos en la bandera, allá tirada, coz, relincho, sutura y venganza sobre el pavimento. No, nadie intentaba asirla, retenerla, acudir a su socorro, rescatar su vano estertor de águila o ángel, su ademán de Cristo tontificado, casi INRI

vena pezuña protoplasma. Pensó otra vez repentinamente en su madre, delantalito blanco manos huesudas dónde se habrá metido por qué no viene a cenar asomada a la puerta y que dentro de cuatro semanas se abriría la liga de fútbol y que bien pudo invitar a Lola de todas maneras al **Variedades** y que si le decía que no pues pendeja y también que podría brincar sobre la alambrada antes de que el tipo soldado mierda agazapado entre los papos pudiera tener tiempo de nada y clavar y clavar la bandera, clavarla en ese suave césped, limpio parejo, sin líquenes, erizado sin embargo de bayonetas, gasparines malucos, popeyes envasados en serie, marihuaneros, muy espanta la virgen con sus cascos y galones. No es tan difícil, pensó. Saltaría, un impulso, dos a lo sumo. Una vez del otro lado se aplastaría contra la tierra y vengan esos tiros a ver si pueden. Reptando sobre los codos, sobre las rodillas, sobre el vientre, bien profundo en la oscuridad a ver ¿quién le daba? La cuestión era saltar pues. Corrió ávido, a todo lo que daban sus piernas, a gatas, agachado en zig zag, levantó la bandera de la losa y ocultó el asta debajo del sobaco para sentir las zarpas libres. No se detuvo a coger aire, azotó el cuerpo contra la alambrada y empezó a subir. El pie que resbala la mano que se aferra la camisa que se engancha las cuatro manos que empujan cosidas a sus nalgas, uñas, puños, mierdas, el tiempo en alto stop, empujen maricones empujen. Se dio cuenta de que estaba herido porque las piernas se le pusieron de trazo. No sintió esa vez dolor alguno, cayó hacia atrás con el pecho abierto, y mientras lo levantaban y mientras moría imaginó a la muchedumbre: todos a una arrancaban la cerca de cuajo, subían a grito pelado la cuesta mientras muy lejos ya escuchaba el tableteo de las ametralladoras, un rock lento, un meca-goendios de esa carita pecosa, de ojos saltones, allí mirándole mientras se limpiaba los mocos con el dorso de la mano. Al llegar la ambulancia estaba muerto al llegar la ambulancia estaba al llegar la ambulancia al llegar la al llegar al

## NO LLORO MUERTO NO MIO

Saldrás al escuchar los gritos. El paisaje se desmontará como un rompecabezas. Escucharás el runrún de la ventolina bajo alas de pájaros negros, gallotes escrutadores en el tendido eléctrico en son de dónde, dónde la morrina, la última vaca destripada. Pero nada será sino cemento, madera, matracas en ruedas, movi, bichos, gente vivita y coleando. Observarás: baja mañana, alto mediodía, sudor, la costra del granito en tu pierna, la uña del dedo gordo del pie muy, demasiado gruesa, por ese tipo de hongo que te preocupa, aunque a tu edad ya no tenga sentido ni importancia. La lluvia en el cenit, apenas anunciada por brisa helada como diente, sembrará un peludo arácnido en el cielo. También la claridad, emponzoñada, será coherente con las voces de la calle congestionada de pronto, con los lamentos de espera y los cracs cracs y el orín y la batahola, suma apenas discernible ya porque un pitazo, otro pitazo, otro pitazo apantallante bloqueará sin más ni más el ronroneo de cincuenta, cien motores desmofletados a lo largo de la avenida hasta cuajar un humo negro enfurecido por la inutilidad del avance. Chasies traquearán destartalados ayes cañengos. Tranque arriba, atrás, en las bocacalles, y policía silbón se rascarán la cabeza tras inútil ademán, inútil. Y tú, acá, rasca que rasca granito porque pica gusta y no mortifica, y olerás porque es una manera de saber si sana, si pudre, si pus adentro todavía y si la untura de mentolatum bien se aviene, no sea un chancrito loco, un cáncer, esas cosas.

El motociclista avivato, vivo, evadirá el tranque piquipi plac con casco, escafandra verdiazul biliosa, si bordea la acera o la sube. Y si lo hace (lo hará) justo cuando pase debajo del balcón desde donde mires, dirá: las llantas le pasaron por encima al pobre. ¿Qué, qué dice usted? Para patearle el ñango, así se estrelle.

No, no revelará tu incertidumbre ido como viento de mal agüero. Y el runrang de una primera embragada al deshacer el laberinto de cacharros se tragará, vieja, tu mentadera de madres; tu te parta un rayo, tu los diablos te lleven.

Así: gallotera, araña, viento frío, llaguita loca, ¿lepra?, motociclista ¿diablo?, se conjugarán conjurándose. Conjugarán

mala señal porque esa mañana también gato negro, plato roto en el fregadero, escoba patas arriba y San Antonio derribado por ráfaga indican pues lo que indican, ¡madre de Dios! Y ya cuando ese foquito saltón saltarán en tu testa integren imagen nombre Andrecito, ¿dónde estará Andrecito?, precipitarás tu cuerpo entrado en años y enzuecados escaleras abajo, plang, plang, plang: Andrés, Andrés, Andrecito, mete que mete la cara en los cuartos, busca que busca en los vericuetos de la casona, que si en la tienda del chino, que si en la barbería de Ñopo, que si donde se traba Juan, tu Palito Pechuga. ¿Han visto al carajito? Los gestos: no. Los hombros encogidos en las puertas: no pues. Los no, no. Hasta que alguien te diga: no hace tanto lo vi salir, bajar por la calle al pelao ese, jodiendo. Cruzarás la calle a salto saltito. Niños eléctricos, vagabundos a medias, con cajitas y pana y betún y periódicos, descalzos ventrudos saltimbanquis, se te unirán, seguirán tu paso abrupto chancletero a paso de conga: un, dos, tres a lo Sean Connery 007 contra Doctor X, a lo Llanero Solitario jelo silver contra Kit Bala, a lo Superman detiene a los feos hombrecitos verdes de Marte. Super, super, dispondrán comandos, ataques, desembarcos, golpes de karate, en suma avanzarán a tu retaguardia igual que niños cuando son niños bieneducados a la manera de por aquí pasó que lo vide yo, mirón, mirón, mirón de dónde viene tanta gente, ponme la mano Caridad que yo me muero de dolor y, también, en adivinación de un espontáneo mural de Diego en ese rostro tuyo desgarnecido de afeites, lipstick y peine, en ese tu andar desguañangado por plena avenida sin importarte un bledo los mira esa vieja-gufi y los huy mira por dónde andas de toda esa gente bien vestida a la moda en son de mirar vidrieras, comprar, divertir los ojos, pinchar el tiempo por la espalda, piropear caderas, tobillos, piernas, muslos y que, por supuesto, ignorará tu aquí me duele, Andrecito, ¿dónde estás?, porque, ¿cómo así podrá ser de otra manera señora?

Al llegar: sangre seca sobre el pavimento, la gente a irse porque ya no está el destripado niño con los ojos fuera de órbitas. Y tú preguntarás, indagarás, perjurarás, con tu lengua sacacorchos a monosilábicos transeúntes espartanos recién curiosos porque nadie quisiera testificar después: aunque le digo señora que

el pelao se lanzó a la calle sin mirar y éste frenó y todo y mire las marcas pero no pudo. Volkswagen abollado, guardias desalojen, desalojen de un lado a otro con libretitas, cintas para mediciones, tizas, y el tipo alto, flaco, pálido, encogido sobre un guardafango, boquiabierto, a quien imaginarás, mamá intuitiva, asesino mandadero, diabólico, azufroso. No intentará mínima defensa cuando te abalances sobre él y tus cinco, diez uñas romas de vieja lavandera y tus dientes careados desgarran camisa, piel; puños tuyos rígidos de dar golpes, golpearán impunes la anatomía huesuda de quien orgullo extraviara en mala hora puesto que un niño, destripado como gallina, no es, dejó de ser, hasta que sientas una fuerza de arrastre hacia atrás, una voz paterna: vaya al hospital doña, al chico lo llevan en ambulancia muerto me parece. Entonces te desharás en llanto, lagrimonas panzudas en esa cara tuya siempre reseca y acauchada y nunca antes tan así puesto que tu Palito Pechuga aunque le meta duro al quenque vacila mucho, muy bien, trabaja, no regatea el pisto ni maltrata al muchacho como otros padrastros que por sí o por no, antes, ponían carotas largas de verlo tan sólo y por nada, por el gusto y por jodidos.

En la chiva, rumbo al hospital, pensarás en Andrecito vivo y patizambo (cuyo padre imaginas a veces entre aquellos tantos posibles paganinis de La Gruta Azul, sobre todo al taxista que no pudiste engatuzar con el cuentecito: me tiene encinta Pepe, porque se carcajeó de lo lindo y luego ni más que volverías a verlo, que no era tonto el cholito sino como tío conejo para sus cosas) huyendo a tus azotañas no mal intencionadas sino correctivas puesto que a pesar de todo una madre es una madre, tiene sus derechos, sus obligaciones y rama que crece torcida, ¿a quién sino responsabilizan?, dígame usted. La última navidad Juan, tu Palito Pechuga, tipo buenazo con todo y su quenque (¿quién no tiene vicios?) le trajo una bici de segunda pues y el pelao vaya, vaya recordarás se puso clueco, cluequito, pallapacá, pacapallá, quién lo viera entonces. No he sido mala madre pensarás, pensarás, pensarás a lágrima viva moquillosa.

Señora un momento espere antes hay que (en Urgencia, sillitas plegables, heridos enyesados patiabiertos, ojones quejosos y familia, parsería a prudente distancia no vayan a confundir en-

fermos de sanos por similitud de evidente anemia y destrampe orgánico pues enfermos ellos, los sentados, y no yo, ves, ves) llenar este formulario su nombre, su cédula, su parentesco veinticinco centavos por favor, y tú no, no entenderás la actitud de esas mujeres de verde, así, en antesala, parlotando y clasificando los rumbos, la muerte, la casuística, sin importarles, frías, automatizadas, que tu otro tú, tu Andrecito, yace, agoniza, se desangra suave y abruptamente un poco allá, tras esa puerta en donde a través de un vidrio todo se verá tan blanco y puro y tímido. Mirarás a médicos jóvenes, melencólicos sin estampa de Ben Casey o Kildare, atacados de una risa que no cabe, enfermeras meneonas de rabo, tipos que empujan camillas y traen placas, papeles, radiografías, hot-dogs, papas fritas, sellos, sábanas, tubos vasos, cocacolas viceroy y hablan, discuten, ríen, mientras Andrecito, tu, tú, tuyo, quién sabe qué, quién sabe cómo, quién y quién sabe si ya, ya. No tendrás tiempo de odiar a tus antojos a ese médico patillón que se cree la mamá de Tarzán aunque lo odiarás por su manera de asomar la carita iluminada tal como si le hubiese pellizcado las nalgas a la mismísima Lollobrígida; le odiarás sin ton, ni son porque Andrecito allí se atiesa como un loro sin ti, sin santos óleos, sin Palito Pechuga, mientras el muy da vueltas al estetoscopio como un yo-yo, fijos los ojos en la enfermerita blanquinegra menioncita jetona, que, claro claro, lo roza, lo rebasa, lo calienta en tanto la pepona lápiz y lápiz nunca terminará de llenar las no sabes si dos o tres o mil páginas, hija de la gran.

Al entrar el corazón se te querrá salir por la boca y no mirarás lo blanco turbio gris, las gasas, toallitas de papel, esparadrapos, palanganas, jeringas anales, bacinicas, guantes, bisturfes, caras de fastidio, termómetros, bostezos, tijeritas, sino un fondo de espaldas inclinadas sobre ese cuerpecito del que sólo alcanzarás a ver las manitas inmóviles, la mano médica engatuzadora que arrojará trapos entintados así como kotecitos a un tiesto bocón, el tarro con plasma y mangueritas colgado de un perchero, esa pareja lloriqueona no lejos allí como con ganas de arrebatarte tu tantísimo dolor, abrazada, abrasada en un apártense por favor tácito de la miss que animosa junto a la camilla inyectora, soba, suda, se cree Dios y se muerde la puntita de la lengua tal si pa-

riera, tal si tú no allí sino en la cochinchina, o no tú sino quien sabe quién porque así son ellos en tanto dizque medican. Te acercará de puntillas, muda, casi sin levantar los pies y mirará el niño indescifrable. No recordarás esa carita, no. Inmediata búsqueda infructuosa de un rasgo. ¿Lunar en la barbilla?: No. ¿Patizambo?: No. Pues, ¿quién? Luz, nuevamente fiquito saltón, saltarán en la testa, no Andrecito ese idiota ya, sino cosa, bicho raro, vaina a ojos de madre recién nacida de útero angustioso, luego ganas locas de reír y saltar de puro contento inevitable aunque malamente puedas puesto que, allí, esos dos juntos abrazados, ocuparán de ahora en adelante y siempre ese papel asumido equivocadamente cuando algo – granito gallotes San Antonio panzas arriba – indicaba son de féretro esta mañana, mañana si todo esto sucediera. Te irás por esa puerta dichosa dicharachera. Pase usted doctorcito dirás al patilludo, simpático él, pues allí mismo te caerá en gracia si lo vieras entrar y pellizca que pellizca a la enfermerita turulata debido a que ya nada empañará tu felicidad de esa tarde junto a Andrecito vivo, a Palito Pechuga bueno para todo, salvo ese granito de olerlo en la pierna, costrita blanda, blanca, ¿chancrito loco?, ¿cáncer?.



## LO QUE NECESITA POBLA

Camino: delgada matriz abierta entre pajonales, huidiza y veloz por cerros pelados, romos, enfermos, agónicos de distancia y soledad, viendo árboles calvos medioscalvos, calvos por completo, troncos esqueléticos de sombras mezquinas y raíces, uñas, garras en la tierra boquisedienta.

Sol: las mujeres sintieron el sofoco primero. Trataban, trataron de combatir el calor, abanica que abanica, abanicándose con periódicos, restregándose cara, brazos, mediosmuslos, con pañuelos; yendo por atajos, desvíos, para gozar mediocre sombra de arbustos abonados de ventolina y caca de caballos. Ellas llevaban pañoletas, velos toallas, a manera de turbantes sobre las cabezas peinadas, anteojos oscuros, bien, bien oscuros y torna-soleados para ir al grito de la moda. Los hombres se preocupaban menos por el calor, aunque decían cuánto calor hace, y mucho más por el tiempo. Miraban los relojes a cada rato, miraban y miraban.

Las huellas se apretaban al lomo de la tierra como la cuerda de un ahorcado.

— Llegar nos va a tomar horas — dijo uno.

— Apuren, debemos regresar antes de que oscurezca — dijo otro. Observaba de reojo, refilón, astutamente, a las mujeres: a ver si alguna se seca el musto o le da por orinar detrás de la maleza.

Apretar el paso. Las casitas empezaron a divisarse abajo, menos lejos, en la planicie de otro color verde, bien verde. Primero los techos de paja, paja y penca; enseguida las estructuras de caña, bambú, barro, guayabo. Los poblanos salieron a recibirlos de risita en risita: corteses y tímidas bocas sin dientes, rostros curtidos, pelambre, áspera y solar bajo sombreritos pintones. Polleras amplias, blusas ajadas, pelo greñudo (en alboroto) ellas: las mujeres. Los hombres: pies en suelo, cutarras, tristeza alegre y esquiva, ojos huyendo, idos, escurridizos al parloteo. A la mano extendida manos calcáreas, callosas, apretaban sin apretar, para servir a su mercé, gestos, ademanes casi reverenciales, gruñones.

El grupo venía de la Universidad. Investigamos el área las condiciones de vida, el ambiente, eso dijeron a los poblanos, eso dijeron a esas caras agrietadas, a esas cabecitas rasquiñosas de rasca, rasca bajo jipijapas ennegrecidos, a esas miradas gomosas sin brillo, amoratadas; a esos vientres diarreicos, abombados, a simple vista, vistos. A esos hombres habitantes, personas, seres terrestres con amebas, con caries, con lombrices, con tuberculosis, con malaria, con desnutrición, con alcoholismo, con fatigas, con envejecimiento prematuro, eso dijeron: venimos a investigar el ambiente las condiciones de vida, las necesidades.

— ¿Y eso pa' qué? —. La voz del hombre semioculto entre las mujeres macha bien, macha arrancó risitas juguetonas.

Todos después caminaron junto a la escuelita del valle. No todos entraron; el aula era demasiado chica, apenas una treintena pudo acomodar las asentaderas en los taburetes manclencos, así como se acomodan los poblanos: pies cruzados, no piernas, echados para adelante, apoyados los codos sobre las piernas, acamellados por la timidez, por la curiosidad, por la fatiga, por la memoria tozuda del motete. Allí sentados, de pie, pegados a la pared de barro no quitaban los ojos de encima a la maestra muy, muy displicente, atenta, con los recién llegados. Hablaban y hablaban: que si vienen médicos por aquí que si el ganado lo comen o lo venden que si beben agua de quebrada que si los excusados los construyen lejos, lejos de los pozos que si viajan a caballo que si zapatos, zapatillas que si saben leer que si no desean una escuela grande que si beben aguardiente clandestino que si han intentado alguna vez comunicarse con el Gobierno que si una calle no les interesaría que si esto, que si aquello. Contestaban a medias, con monosílabos, sin levantarse, quitándose apenas el sombrero, temerosos de aquellos personajes llegados de tan lejos, de la misma Universidad, con tantas, tantísimas palabras en la boca, incomprensibles; casi casi les parecía que hablaban otra lengua. Todos miraban a la señorita maestra. El que parecía el más viejo de todos se levantó de su asiento, no dejaba de rascarse y escupía por puro nervio al suelo de tierra.

— Al comienzo creíamos que ustedes eran candidatos. Lo digo así por así porque hace un año vino por estos contornos

uno que dijo que era candidato a diputado pues. Se dejó venir con una larga y otra corta, nos dijo que él mismo era el hombre. Ya ni me acuerdo las tantas cosas que nos prometió. Después supimos por ño Fello, porque ño Fello viaja mucho por la Capital, que el hombre salió electo pues y por estos rumbos no hemos vuelto a ver su sombra señoras y señores. Eso sí, ese día que vino, trajo aguardiente para un ejército y tuitos nos pegamos una juma del mismo diablo señoras y señores. He dicho.



## EL JARDINERO DE SARA

Observa a la mujer volteado de revés sobre la cama: gorda, cuarentona, medio madona medieval membruda, trajina en la peinadora, saborea bombones de maní, traga y traga. Lleva rollos en la cabeza, crema en las mejillas, negligé azul transparente abierto al frente. Limpia colorete residual con klennex, con aceitealmendrado cubre los pies de los brazos y el codo. Lo que va a decir no lo dice. Las palabras medran laberínticas en la punta de la lengua, ladran, retroceden. La TV está encendida, pero ninguno de los dos mira, escucha. El fuma, lee el diario, no lee, bosteza, imagina que algo se trae entre manos la gorda golosa, aguarda, rasca que rasca barriga y pecho peludos. Si finge dormir, ella de todas maneras blablabla. Hoy, mañana, después, la misma lata, el mismo sonsonete a oídos sordos en vano. Ella sabe que escucha si constante martilla. Cierra ojos para borrar silueta, vago resplandor fosforescente erizado bajo transparencia de tela ajustada a pellejos marsupiales. No la borra del todo porque allí huele a colonia y es táctil, presentida como puñal y espuela de gallo.

No deja de mirarse en la peinadora, ella: espejito , espejito, observa ojeras, las no cejas, las pestañas calvas, la papada. Abre boca, restrega dentadura con puño ensortijado, mete uñas entre intersticios y extrae residuos, chasquea lengua contra paladar. La imagina muerta, él: ataúd, cirios, velas, amigos, parientes, copartidarios en iglesia, cura, sermón, cordero de Dios que quita los pecados perdónanos señor, atrio, velos, sentido pésame, guirnaldas, palmadas en el hombro, viejas matronas arrodilladas, autos autos autos, cementerio fosa lagrimeo y él: lentes oscuros, traje negro, levita, corbata negra, cabizbajo, como que tanto sufre, así como quien llora llora. Sin embargo, ella come, traga bomboncitos, hurga nariz con meñique, rasca seno, arranca pelo de pezón, piensa en cena de mañana, usará vestido nuevo importado de París, aretes de Nigeria, collar de perlas japonesas, esmeraldas colombianas, rebozo mexicano. Recuerda hora reunión Club Ayuda Desinteresada Pobres de martes por venir. Irá padre Bernardo a bendecir y piensa que ella debía ser la presi-

denta y no la tal Brigitte: no tiene clase esa mujer, Robi, ni siquiera la conocen en el Yats Club y sus hijos van a la escuela pública, ¿me oyes?

El imagina: corto manguerita de frenos al mercedes, le digo vaya querida a Cerro Azul a la finquita, vaya amor a Campana este sábado. El mercedes baja la cuesta, entra en curva cerrada, trata de frenar, pie gordo gordotote pisa pedal grita grita se desbarranca. Aplastada en barranco, muerta, bien muerta la sacan el fiscal el forense los guardías los bomberos. Ríe porque imagina que tendrían que buscar grúa para subirla. Apaga el cigarrillo, dice ¡ay! porque se quema. Ella no se vuelve pero lo mira por el espejo. El observa sus espaldas rollizas. De niño le gustaban las ballenas, tenía colección en álbum de carpeta colorada. Ahora las odia porque ella debido a ella por causa de ella. Medita: se sopla como un zeppelin, deben ser unas diez libras cada mes maldita cerda mantecosa barril de grasa, ¿por qué no deja de comer? Ella, ahora sí, vuelve el rostro. El gira en la cama, cierra los ojos, da codazo, perdona dice, da espalda, qué sueño agrega, apaga luz de velador, apaga ojos, apaga mente. Escucha la voz del otro lado. La TV pasa noticiero de diez y media: delegación norteamericana se retiró esta mañana de conversaciones de paz en (cariño hoy estuvimos en el Marañón con las muchachas del Club y formamos un centro de ayuda social) el delegado dijo que los bom (vieras como viven esos niños) bardeos eran una provocación de los impe (tos en cuartos tan estrechos y oscu) rialistas contra los pue (ros y mal) blos del mun (olientes) do. Agregó el jefe de la delegación que hasta que no se retire el último soldadlic. El aprieta el control remoto sobre su cabeza, en la pared, y la TV se apaga. Gracias cariño dice ella. Te decía, esa gente no sé cómo pueden vivir, no working, no hacen el mínimo esfuerzo, beben, fuman marihuana, no se cansan de tener hijos, se la pasan en los billares cantinas callejones, viven hacinados en cuartitos más pequeños que tu garage, con perros, gatos, ratones, cucarachas, bacinicas debajo de las mesas y el berrinche que no se aguanta. La casita de Doggi es más cómoda, Robi, si vieras. Qué asco qué asquerosidad. Lo que hace el Club Dios tiene que agradecerlo. Pero, eso sí, radio, televisión, tocadiscos, si no tienen para comer, ¿cómo pueden? Te digo, son pobres

porque quieren. No tienen iniciativa, no ahorran, se la pasan soñando con los números de la lotería, juegan a los caballos al bingo a los dados, son una soberana porquería.

El piensa: la idiota no entendería jamás si le explicara, si dijera: oye, querida, ven acá, es el sistema, son las reglas del juego y toda la plata que tenemos, tú y yo, se lo debemos a ellos, ¿lo entendería? Gordita es mejor que te calles, ¿no? También piensa en muerte por asfixia, rápida contundente. Imagina: manos trenzadas aprieta que aprieta tráquea ancho cuello estertoreo- porcionosingrito, almohada en gordita cara para no ver ojos implorantes, pataleo inútil bajo peso oligárquico superalimentado. Desvanece imagen; quedarían huellas y fiscalito levantaría investigación autopsia juicio. Y otra vez la idea del mercedes: cariño por qué no vas la otra semana a Cerro Azul le dice como quien no quiere. Ella: no puedo tengo trabajo cantidad esos niños del Marañón piconcitos mocosos amarillentos páfidos me parten el alma, si vieras la ropa que usan y lo que comen, si vieras querido si vieras. Por ese camino, Sara, vas a parar en comunista, sonrío por la ocurrencia genial genial. Después en otro tono: déjalos vivir son felices les gusta esa vida y no se las cambies porque nos joden. No se te ocurra abrirles los ojos porque el día menos pensado nos lo quitan todo como en Cuba, Sara. Llévalas cosas: comidas zapatos juguetes chucherías para que se sientan agradecidos. Libros ni por el diablo, sólo la Biblia, no sean estúpidas. Menos mal que el padre Bernardo las asesora porque si no. Y ella: pero Brigitte dice que sería bueno obligarles a ir a la escuela, como que es la Presidenta, ¿no? Y él: no le hagas caso a la mocosa esa, la caridad tiene límites, esa ocurrencia de ustedes me hincha las pelotas. ¡Que pendejada! No seas tan idiota le voy a decir a Moralitos: mete en cintura a tu mujer coño, le voy a decir. Y, ahora, duérmete, estoy cansado.

Le pasa la mano por el cuello, hace meses que nadita nada con él. Tengo sueño, deja, dice él, no ves que estoy cansado, esta mañana todo estuvo cabrón en la oficina y en el hipódromo: el Pintoso no quiere la alfalfa, la Veloz se desmierdó un tobillo y parece que la pila dañó a la Siempre Gana. Todo es una desgracia, ha sido un día pesado. El embarque de la Big Investment viene con retraso. Julián me llamó de la finca para avisar-

me que se murieron dos cabezas y yo creo que más bien se las robó, ¿qué crees? Para acabar de joder, los inspectores vinieron a chequearme los libros, creo que descubrieron algo y eso me va a costar algunos billetes para tapparles la boca, a esos sinverguenzas, quédate quieta, Sara, hoy no puedo. Ella se retrae: vfbora herida enrosca frustración muerde adolorida piel por vil rechazo cruel, hace meses que los mismos gestos palabras indiferencia no puedo no puedo no puedo no. Si no fuera por Gabriel cómo estaría ahora. Menos mal que ese día lo conoció en casa de Diana y Diana le dijo confidencialmente que si quería se lo prestaba (con derecho a devolución) que era buen jardinero que estaba bien dotado que se la sabía entera que era como tumba que no era exigente que Melania lo usaba los jueves y que ella los domingos (ese día era domingo) y Flora cuando Fredy estaba de viaje. Recuerda que ella le dijo a Diana: Diana, ¡cómo se te ocurre! Pero Diana lo hizo subir, le silbó y allí mismo la descarada (porque se había tomado unos wiskis) atrajo al muchacho sobre la alfombra. Recuerda: dos días después llamó a Diana porque no dormía bien desde aquella tarde y porque Robi nada de nada y le dijo que sí. ¿Cuándo? Ahora mismo. ¿No puede hoy? Bueno, mañana, oye, pero dile dile que sea discreto. Piensa ahora despechada que mejor le hace caso a Robi y planea ese viaje de fin de semana a Cerro Azul con Gabrielito si a él no le importa: si no puedo viajar tan sola por esos caminos le dice francamente.

El hace como que duerme pero no duerme. La gorda pesada pesa tanto que se siente ir por un hueco, piensa en camas separadas, mudarse de habitación salir de viaje matarla de una vez, buscar la 38 apuntar en medio de la frente decir después que engrasaba el arma porque los ladrones porque una amenaza anónima porque este país es demasiado húmedo porque porque porque. No es un buen plan, no resultará piensa: un juicio da margen a contradicciones; aún si jurado dice libre, queda duda, periodista quisquilloso dirá crimen, matóla por fea gorda pedante dirán los amigos entre broma y broma. No podría aspirar a diputado gobernador vicepresidente embajador consejero ni ministro si duda, si fiscal barrunta evidencias pérfidas o lucubra. Cortar mangueritas de freno idea más viable genial única, nadie inspeccionaría chatarra en precipicio si honorable industrial polftico

benefactor juega bien cartas, llora sufre se retrata junto a cadáver de rodillas, organiza lujosa ceremonia de entierro con arzobispo en carne y hueso. Dinero manda compra dignidad abre puertas cierra juzgados cambia culpabilidad por inocencia.

Ella habla que habla. El la escucha a distancia, no la escucha, palabras como que orinan sueño por venir ávido reptiloso. Dice: Brigitte no tiene clase, ni siquiera ha ido a Europa, ¿cómo puede ser la Presidenta? A los Esteits va todo el mundo, yo digo Europa, Madrid, Londres, Roma, no habla inglés, no tiene roce, chusma, debe mover influencias, quiero ser próxima presidenta Club, ¿me oyes querido? ¿Estás oyendo? Sí querida: él medio dormido sin dejar que la imagen de Gabriel se esfume totalmente de su mente.

Ella: Robi, siempre iré a la finca uno dos tres días, debo descansar, es cierto, pero se me ocurre que debo llevar al señor Gabriel para compañía, no debo ir sola, bien sabes cuánto peligro amenaza a una mujer que viaja sola sola. El siente pataba en vientre, vuelve cara roja roja roja hacia ella, la mira gorda como es, ventruda zeppelinezca en la penumbra de la habitación. Habla lento para no revelar sino autoridad indiferencia: no Sara, Gabriel no puede ir contigo, busca una compinche del Club Diana Flora cualquiera. A Gabriel lo necesito esta semana le dice y cierra los ojos y recuerda cuando lo vio por primera vez taimado y silencioso junto a Sara.

Recuerda cuando Sara, medio acobardada porque nunca se necesitó un jardinero intemporal tiempo completo en casa, le dijo que iba a trabajar tres días a la semana en el jardín. Recuerda aquel día ya atardeciendo cuando le preguntó si quería irse de farrá esa noche, recuerda cómo estaba cada cosa en el apartamento secreto que tiene alquilado en Bella Vista a dónde fueron esa misma noche después del show, recuerda cómo se lo dijo y cómo pensó que el muchacho le iba a pegar. Ni siquiera demostró extrañeza, sólo preguntó cuánto le daría. Le adelantó cincuenta, le pidió que fuera discreto que fuera que fuera discreto, nadie debe saberlo le dijo, nadie. Después, después acogotado por las lágrimas le dijo que si decía algo lo mataba y que también podría ayudarlo si no se le iba la lengua y que si no quería ser ya jardinero y que si quería estudiar alguna cosa. Recuerda

que el chico le dijo que no llorara, cálmese Robi, no diré nada, déjeme trabajar como jardinero señor, eso me gusta, no otra cosa. El le dio un beso en las mejillas y le pidió por favor que volvieran otro día. El le dijo sí, cuando quiera señor.